
Mis alumnos, mis mejores maestros

Abelardo Carro Nava

Maestro en Educación. Docente de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco” en Santa Apolonia Teacalco, Tlaxcala.

lalitonan8@gmail.com

A lo largo de mi vida he sido testigo de innumerables sucesos. Sin lugar a dudas, todos han dejado un pedacito de sí en mi mente, corazón y alma. Sin embargo, algo que verdaderamente causó una profunda reflexión en mi interior, fue la visita que en cierta ocasión realicé a la Sierra Negra en el estado de Puebla, específicamente, al Municipio de Cuetzalan.

Muchos años han pasado de tal visita, si no mal recuerdo, aun no estaba considerado este lugar como pueblo mágico. Era un jovenzuelo quien, recién egresado de la Normal, ingresé al magisterio.

En ese entonces, recuerdo bien, el director de la escuela me comisionó para que trasladara, conjuntamente con otros compañeros docentes, a un grupo de estudiantes normalistas con la idea de que éstos pudieran observar y analizar el contexto indígena, con la finalidad de recolectar cierta información, a través de diversas técnicas, que les permitieran adentrarse a las grandes complejidades y retos que enfrenta el Sistema Educativo Mexicano.

Ahora que traigo a mi mente tal suceso, vuelvo a sentir esa emoción y nerviosismo que en ese instante se apoderó de mí, pues las salidas que había hecho hasta esa fecha, se limitaban a lugares urbanos o rurales, pero no a una zona con determinadas características territoriales, sociales y culturales como la indígena.

El camino que deberíamos seguir para llegar a aquel sitio inspiraba mucha inquietud en mi ser; en ese entonces, era poco transitado. De hecho, puedo asegurar, que ello propiciaba que la adrenalina aumentara en mi organismo cual golpe de rayo que se pierde en la eternidad. Las ideas llegaban a mi mente una y otra vez imaginando las escuelas, los niños, los maestros y, sin quererlo, mi propia vida trabajando en un lugar como el que recreaba mi pensamiento.

En eso estaba cuando de repente el chofer del autobús anunció la llegada a nuestro destino. Todas aquellas preguntas prontamente encontraron una respuesta. Algunas conforme a lo que había imaginado, pero otras, ni siquiera encontraron su justa salida.

De esta forma, y después de dejar nuestro equipaje en un rústico y pintoresco hotel, emprendimos nuevamente otra aventura: conocer las escuelas primarias y todo lo concerniente a tan inimaginable lugar.

Menuda sorpresa me llevé al observar el camino que nos conducía a nuestro objetivo; paisajes encantadores cual pintura creada por un excelso artista; coloridos y muy llamativos animales y plantas; personas y personajes que jamás hubiera considerado su existencia. Y luego el olor a café, todo un suceso que jamás olvidaré.

Cuando llegamos al final del camino, observé con incredulidad pequeñas estructuras que sostenían las paredes y los techos de las aulas, mejor sería no describirlas, porque a veces el dolor hiere el alma. Y luego la humedad, calor, brisa y lluvia, toda una sensación sencillamente absorbente e impensable, como aquellas que producía observar que, de la maleza que caracterizaba el lugar, aparecieran aquellos niños que hoy siguen manteniendo mi fe y esperanza: mi mayor anhelo. Sin zapatos ni huaraches, pequeñas vestimentas de manta, un libro, una libreta prácticamente deshecha, una ilusión. Detrás de ellos, su madre, con un traje típico de la región, enérgicamente apresuraba el andar de su hijo porque la entrada a la escuela era inminente. Una fotografía tan apreciada que siempre guardaré en el baúl de los recuerdos de mi corazón y mente.

¿Existirá un mejor motivo para trabajar incansablemente por una educación que le permita desarrollarse integralmente al ser humano? Hoy día me lo sigo preguntando, hoy día aún no lo he encontrado. Tal vez por ello es que aún sigue en mí esa llama y ese deseo que me impulsa a luchar ferozmente contra la ignorancia, la hipocresía y el fanatismo.

Sé muy bien que el reto es grande. Muchos han intentado que me aleje del propósito, aunque yo le llamo destino. Debo confesarlo, han estado a punto de lograrlo; sin embargo, cuando la luz parece extinguirse y el desánimo vuelve a tocar la puerta, resurge esa imagen,

esa idea y esa realidad que duele, lástima y cala profundo en el alma, pero que impulsa nuevos bríos que me permiten o han permitido retomar el vuelo, el camino, el objetivo.

Mi propósito es claro. Cada día lo tengo presente, y con el llanto en los ojos puedo decir que es un orgullo ser maestro y que mi fe, a pesar de los pesares, se ha mantenido y se mantiene viva aun cuando ya no esté presente, simple y sencillamente, porque el ideal alcanza su máxima plenitud en la inmortalidad del alma que deriva de las acciones que benefician a los más necesitados, muchas veces, nuestros alumnos, nuestros mejores maestros.

Con cariño para todos mis alumnos, mis mejores maestros.